



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Eusebio Blasco.)



«Eusebio Blasco, el *Mondragón* del *Figaro*, que pasa los inviernos en París, aprovechó los meses que permaneció entre nosotros á principios de año para dar á su obra tonos y colorido nacional.»

(*Heraldo de Madrid.*)

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada. - Cuentecillo, por Juan Pérez Zúñiga. - Memento, por José Estremera. - Episodios militares, por Ricardo Monasterio. - La unión en el amor, por Luis de Ansorena. - Humo, por Enrique Jiménez de Quirós. - Poligamia, por Sinesio Delgado. - Chismes y cuentos. - Correspondencia particular. - Anuncios. GRABADOS: Instantáneas (Eusebio Blasco). - Noticia importante. - El crudo invierno (nueve viñetas). - Esperando, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Según *El Siglo Médico*, la salud pública ha sufrido de pocos días a esta parte un sensible quebranto. Las toses se han hecho pertinaces, el reuma se acentúa, el moquillo ataca por igual á casados y solteros y las irritaciones están causando muchas víctimas entre la juventud.

Hay quien atribuye todo esto á la crudeza de la temperatura, pero las personas que discurren y observan y meditan creen que el origen de tantos males viene de las gotas que dan como propina en los cafés.

La mayor parte de los parroquianos piden gotas y se las sirven. Después comienzan á sentir un ardor suave en las tripas y, por último, se mueren sin saber de qué.

Hubo un tiempo en que los cafeteros habían suprimido las gotas, y la salud pública mejoró entonces de un modo notable; pero lo de la supresión trajo muchas protestas y fué preciso reconstituir la costumbre. Hoy vuelve el hombre á hacer uso de las malhadadas gotas y á sufrir las consecuencias de su insensatez.

Cuando un camarero se descuida y no aparece con la botella destructora, suele decir el parroquiano:

—¿Qué es esto? ¿Por qué no me sirves las gotas? ¿Tratas de perjudicarme?

Si el camarero es hombre de conciencia, lanza un quejido antes de servir la pócima menguada; pero la sirve por no contrariar los propósitos suicidas del parroquiano. Y de aquí las alteraciones que se observan en la salud de muchos caballeros.

Si se fuera á hacer la autopsia de los que usan á diario las gotas malditas, podrían verse con toda claridad los efectos desastrosos del líquido corrosivo. Hay quien tiene, en vez de pulmón, una esponja seca y quien ha perdido la parte superior del bazo.

Á mí me decía un cafetero de buena índole, derramando lágrimas como puños:

—Cada vez que entrego esta botella á los camareros para que sirvan gotas, se me apena el corazón.

—¿Por qué?

—Porque este líquido puede servir para muchas cosas: para fricciones, para quitar manchas, para limpiar metales, para todo menos para beber; y cuando veo que los parroquianos se lo tragan, sufro lo indecible.

* *

Desde que se han puesto de moda los perros de presa, vive uno en constante peligro.

En mi vecindad hay un perro de éstos que se pasa el día pensando á quién ha de hincarle el diente, y la otra tarde estuvo á punto de destrozar al aguador porque se había quitado las patillas y el perro no tuvo el gusto de conocerle.

—Soy yo, chucho—decía el pobre hombre.

—¡Hum!...—hizo el perro mirándole con escama.

—¿No te acuerdas de mí?

Por toda respuesta, el perro se le agarró á los calzones y estuvo tirando, tirando hasta encontrar la carne, en la que hizo presa.

Cuando acudió el amo del can, ya el aguador había perdido libra y media de carne sin hueso.

Y menos mal cuando estos animalitos viven la vida doméstica, pues hay quien los saca á paseo sin bozal y sin nada, y dice con la mayor naturalidad del mundo:

—Saco á éste á paseo porque en casa el pobrecito se aburre.

Hay perros sin aspiraciones, que pueden vivir en el seno del hogar días y días; pero esos son perros ordinarios que no pertenecen á ninguna persona distinguida.

Los perros decentes tienen sus exigencias y es preciso sacarles para que se distraigan y muerdan de cuando en cuando á los transeuntes.

Y vaya usted á pedirle explicaciones á un perro...

* *

Perro bonito y cariñoso, uno que tenía D.^a Isidora. Era de lanas, chiquito, con unas orejas que parecían cortadas á máquina, como decía D.^a Isidora, y un rabito color de canela en forma de escobillón.

¡Jesús, qué perro tan mono! Todo el santo día se lo pasaba ladrando, y en cuanto llegaba usted de visita á aquella casa, se le subía á las rodillas y empezaba á escarbar como si fuese á hacer algo malo.

—No tenga usted recelo de ninguna clase—decía D.^a Isidora:—el pobrecito hace todo eso porque es muy cariñoso. Dele usted un terroncito de azúcar.

—No traigo, señora.

—Pues entonces dele usted la petaca: verá usted cómo la muerde. Yo le tengo el mismo cariño que si fuese una persona. Es muy mono. Vamos á ver: ¿á quién se parece este animalito? Mírele usted con atención.

—No caigo.

—¿Se acuerda usted de una estanquera que había en la calle de la Visitación? Pues era el vivo retrato de mi *Celín*.

—Puede ser.

Doña Isidora llevaba el perro á todas partes: al café, á paseo, al teatro, á las cuarenta horas, á los juicios orales y públicos; y un día lo llevó á un *restaurant* barato, con objeto de convidarle, porque á él el cocido doméstico le aburría.

Lo primero que hizo *Celín*, al verse en el *restaurant*, fué dirigirse á la cocina y ponerse á oler los platos.

—¡Eh, chucho, afuera!—le dijo el cocinero con malos modos.

Pero como *Celín* no estaba acostumbrado á que nadie le faltara á las consideraciones naturales, se puso á ladrar y quiso morderle.

—¡Sí!—exclamó el cocinero.—Pues ahora verás.

Y cogiéndole por las patas, lo arrojó de cabeza en el caldero del agua caliente.

Hoy D.^a Isidora ocupa una celda en Leganés, y toda su manía consiste en andar á gatas por el jardín, ladrando con acento dulce y levantando la pierna de vez en cuando.

Luis Taboada.

★

Cuentecillo.

Fué á visitar un prelado todas sus feligresías, y se detuvo tres días en Valdeporra del Vado.

Hay seres en el lugar fanáticos por la iglesia; mas nadie como Nemesia, la viuda del *Rejalgar*.

La quiso hacer madre el cielo de un chico poco avisado, y al ver llegar al prelado le dijo así al rapazuelo:

—Hijo, ya está en Valdeporra el señor obispo, y es preciso que si le ves te echas la mano á la gorra.

Ya sabes, criaturita, que hay que ser muy respetuoso con el recto y bondadoso prelado que nos visita.

Mira que si sé que él pasa y tú no te echas la mano á la gorra, te rebano las narices luego en casa.

—Bueno, madre; á la visera la mano me llevaré, aunque él á mí no me dé los buenos días siquiera.

Llega la tarde. Aunque el frío no aprieta cosa mayor, siente Nemesia un dolor, de repente, en un vacío.

Tanto el mal la mortifica que pide un calmante, y va su chico, según está, por unguento á la botica.

Cerca de ella ve que pasa con dos curas el prelado, y el chico, todo azorado, vuelve corriendo á su casa.

Está esperándole allí la paciente medio muerta, y en el umbral de la puerta hijo y madre hablan así:

—¡Calla! ¿No traes el unguento?

—No, madre.

—¿Pues qué ha pasado?

—Que al obispo me he encontrado
junto á la cruz del convento.
—¿Pero á qué vienes? ¿A nada?

—Se lo diré á usted, ¡qué porral
A echarme mano á la gorra,
que está en la percha colgada.

Juan Pérez Zúñiga.

Memento.

En su celda el novicio retirado,
sumido en la oración,
de los alegres cánticos del mundo
escuchaba el rumor.
Y en el coro los frailes, fijos sólo
en el eterno bien,
cantaban aquel salmo en que el profeta
escribió: «*Pulvis est.*»
Y al oírlo el novicio, de rodillas
y sin poder rezar,
«¿Por qué — decía — maltratar el alma
con pensamiento tal?
¿Polvo es tan sólo el hombre, sabe el polvo
desear y sentir?
¿Qué soy yo, pues?», y el coro repetía:
Pulvis, cineris, nihil.
«¿Nada soy? Pues hay algo en mí escondido
que diciéndome está
que yo tengo en el mundo todavía
que sentir y esperar;
Que está en mi pecho juvenil el germen
del goce y la pasión...»
Y el terrible *memento* repetían
los frailes á una voz.

Luego el tiempo voló, marcó su huella
en el novicio aquel,
á quien tanto alarmó, siendo mancebo,
el triste *pulvis est.*
Caduco, viejo, en resignada calma,
sintiéndose morir,
oyó el triste *memento*, dió un suspiro
y murmuró: «Ahora sí».

José Estremera.

EPISODIOS MILITARES

EL CUERPO DEL PELITO

Formada está la columna
en el centro de la plaza
principal de cierto pueblo
importante de Navarra,
pasada ya la revista,
dado el parte; sólo falta
que el jefe indique al corneta
de órdenes que toque marcha
para que aquella columna
la emprenda hacia la montaña
en busca del enemigo
que ocultó el ataque aguarda.
El jefe ya está á caballo,
recreando su mirada
en el marcial continente
de la columna que manda,
con la cual juzga muy fácil
la victoria deseada.
Ya el corcel caracolea,
ya el corneta se prepara
humedeciéndose el labio
para dar notas más amplias,
cuando por una calleja
que acceso tiene á la plaza
aparece una mujer
corriendo y deshecha en lágrimas,
deteniéndose ante el jefe,
del que justicia reclama.
«¡Me han robado una gallina,
la mejor que había en casa,
una gallina hermosísima,
una gallina cebada,
que me ponía á diario
un huevo igual que de paval!
¡Ay, Dios mío de mi vida!
¡Gallinica de mi alma!
¡Qué bandido! ¡Qué granujal!
¡Qué disgusto! ¡Qué desgracia!
¡Señor coronel, socorro!
¡Señor coronel, venganza!

¡Que me entreguen mi gallina!
¡Que me devuelvan mi alhaja!
Y así con gritos y voces
y con sollozos y lágrimas,
y á las bridas del caballo
del coronel agarrada,
la mujer de la gallina
interpone su demanda
alarmando á la columna
y deteniendo la marcha.
El jefe, airado y nervioso,
recibe aquella descarga
de quejas y de improperios
con la faz avinagrada,
procurando inútilmente
interponer su palabra,
y al ver que no lo consigue,
dice exasperado: «¡Basta!
Lo que dice usted no es cierto,
si ahora mismo no señala
ó me nombra aquí al soldado
infame autor de esa hazaña...
—Señor, si no le conozco...
—Pues va usted enhoramala
y no ofenda á esta columna,
que aquí no se roba nada.
Por si es verdad que ha perdido
la gallina que reclama,
ahí tiene usted ese duro
y déjeme usted de lágrimas,
y largo de aquí al momento.
¡A ver tú, corneta, marcha!»
Y dado el preciso toque,
deja la tropa la plaza
en columna de viaje,
camino de la montaña.

—
Dos kilómetros apenas
lleva la tropa de marcha,
y ya el pueblo se ha quedado

oculto tras la montaña,
cuando el coronel de pronto
vuelve el caballo, se para
y airado manda al corneta:
«¡Atención y alto en la marcha!
Detiéndose la columna,
más que curiosa alarmada,
ordena el coronel ¡firmes!
y formación de batalla,
y colocado en el centro,
después de solemne pausa,
dice: «¡Soldados! aquí
va entre todos un canalla
que ha robado una gallina
á esa infeliz aldeana,
á quien todos habéis visto
llorar ha poco en la plaza.
Y como yo no consiento
aquí tan ruines hazañas,
que á un ejército deshonran
y nuestro uniforme manchan,
ordeno al autor del hecho
que aquí denuncie su falta,
dando al punto un paso al frente,
en la inteligencia clara
de que, si no se denuncia,
ordenaré sin tardanza
un minucioso registro
que, al retrasarnos la marcha,
hará más grave el delito
por el perjuicio que causa.
.....
¿Qué es eso! Nadie se mueve.
¡El ladrón no se adelanta!

Pues ¡señores oficiales!
que registren sin tardanza
á todos los individuos
con detención y con maña,
hasta dar con la gallina
que el ladrón oculta guarda.»
Las mochilas en el suelo,
la ropa desabrochada,
se hizo el registro ordenado
con detención policiaca,
sin que el cuerpo del delito
sobre ninguno se hallara.
No contento el coronel,
dijo: «Bien; ahora la guardia
de prevención que desate
la impedimenta y la carga,
y á registrar las maletas,
que es lo único que falta.»
Se hizo así, efectivamente;
se registró con cachaza,
y al fin entré unas camisas
se tocó una cosa blanda,
y un sargento dijo: «Aquí
está lo que se buscaba.
—Ah, con que al fin pareció!
¡Ahora que tiemble el canalla!
¿De quién es esa maleta?
—Aquí está el nombre en la tapa.
.....
—Vamos á ver de quién es,
que mi paciencia se acaba.
—Esta maleta es de usía.
—¡La mía! ¡Corneta, marcha!»

Ricardo Monasterio.

NOTICIA IMPORTANTE



Hemos recibido la visita de S. A. R. el vienteccillo sutil del Guadarrama, que se propone permanecer una temporada entre nosotros.
Sea bien venido ¡y así le parta un rayo!

La unión en el amor.

Los dos colegios estaban situados en la misma calle y casi enfrente el uno del otro. Los directores y el profesorado de ambos odiábanse y de este odio nacía una lucha titánica, desesperada, sin tregua, en la que á veces las armas no eran muy nobles, ni las escaramuzas muy leales. Las intrigas de baja ley, las emboscadas

El crudo invierno.



Si aquí hubiera heladas estepas, éste sería el bello ideal de las lindas y elegantes patinadoras del Buen Retiro... y de los aficionados a las susodichas aficionadas.

indignas, la traición, en suma, eran las notas dominantes de aquella brega sin descanso. La victoria no se decidía por ninguno de los dos colegios. El número de alumnos era casi igual en uno y en otro. Desertores aún no había ninguno. No se combatía por el *negocio*; no era el odio de comerciante á comerciante. Existía una razón más poderosa, más respetable: se luchaba por el triunfo de una idea sobre otra; por el prestigio de una secta, de una religión. Uno de los colegios era católico, protestante el otro. La antipatía de los directores, y del profesorado respectivo extendiase á los discípulos. Llegaron éstos á organizar pedreas en la misma calle á la hora en que salían de las clases. En vano los maestros dictaron enérgicas medidas para concluir con tal espectáculo, é impulsieron severísimas correcciones á los que más en-

tusiasmo demostraran por imponer sus ideas religiosas á pedrada limpia. Bajaban humildemente la cabeza los castigados, y hasta prometían enmienda, pero el aire libre de la calle y la presencia del bando contrario enardecía su sangre... y... no había remedio: todas las tardes algún chiquillo, ya católico, ya protestante, iba á su casa con la cabeza rota ó con la cara estropeada. Los que más gritaban eran los padres ó tutores de los niños que acudían al colegio católico. Era inconcebible que la autoridad no se preocupara por aquel suceso, y no dictase enérgicas disposiciones que cortaran el mal de raíz... Si era preciso que el colegio protestante se cerrara por orden superior... ¡que se cerrase!... Si era menester demolerlo, ¡abajo con él!... Esto era lo que pedía el sentimiento religioso de la nación, escarnecido, tanto por los promovedores directos de aquel escándalo, como por el



Con un café... para dos, que paga cualquier amigo, tienen piano y agua todas las noches Dios.



—Pues yo he descubierto un sitio la mar de abrigado para estas noches.
—¿Dónde?
—No te lo puedo decir, porque no caben más que dos y el otro hueco me lo tiene pedida la Nemesis.



El luengo levitón que se usa ahora no le estaría mal á su señora, y él podría pasar por un cochero con una escarapela en el sombrero.



—¡Qué bien me vendría ahora una capa fuertecita con embozos de franela... para empeñarla en seguida!

gobierno que lo consentía. Como resultado de estos clamores, diéronse ordenes para evitar lo que ocurría en la calle; pero la cosa no pasó de ahí... Echar abajo el colegio protestante, eso no podía hacerlo el gobierno, por razones de gran entidad que olvidaban los que lo pedían llenos de una justísima indignación. Desde entonces, si los chicuelos quisieron apedrearse, preciso les fué irse lejos del barrio. En la calle no hubo más que alguno que otro pigilato de *hombre á hombre*, y por antipatías ó asuntos personales, más que por cuestión de secta. Sépase que si al colegio católico no acudían más que varones, al otro iban también niñas, que no tomaban parte en la lucha, por vedárselo su débil condición y naturales sentimientos, y tal vez porque en el católico no tenían rivales. Cuál de estas dos razones determinó su neutralidad, nunca se supo, pero ello es que

la neutralidad existía, que es lo que importa consignar. Pensando lógicamente, debe suponerse que, á imitación de muchas naciones que por neutrales se tienen, las niñas del colegio protestante, allá en el fondo, sentirían predilección por sus compañeros, y lamentarían más las descalabraduras de éstos que las de los católicos; mas no deja de ser ésta suposición honrada sin base sólida porque si hubo tal predilección quedó oculta en lo más hondo de sus candidas y virginales almitas, sin señal exterior que la manifestase. Al colegio católico fué enviado Jorge, cuando tuvo edad para ello, y en él estaba, aunque ya en disposición de abandonarle para estudiar una carrera ó practicar un oficio, en el momento en que sale á escena. Acababa de cumplir catorce años y era hijo de los dos católicos más intransigentes que en hombre y mujer pueden ser imaginados. Quiérese decir que su religión más que religión era fanatismo y que, de haber vivido en los tiempos de los mártires, seguramente que D. Pablo Real y D.ª María Cienfuegos (así se llamaban) hubieran tenido que habérselas con los leones y tigres del circo romano, ó con las célebres parrillas donde se quemó tanta carne libre de toda impureza. De lo que hicieran al escuchar el primer rugido ó al sentir la primera caricia de la llama, nada podemos asegurar tampoco, aunque desde luego hacemos constar, por si el detalle puede dar alguna luz en el caso, que la vida cómoda y regalona de que siempre disfrutaron, y el especial cuidado que en toda ocasión pusieron para evitar molestias á sus cuerpos pecadores, eran indicios de la poca resistencia á los últimos y de la gran mella que el dolor haría en ellos, puestos en la terrible circunstancia que se ha indicado. No se efectuaba en la casa aquella trabajo ni operación alguna de las diarias en la vida que no fuera acompañada de la oración ó himno de gracias conveniente, y aun á los mundanos placeres dábales un saborillo divino añadiéndoles la coletilla de la plegaria. A Dios se le ofrecían todas las tribulaciones, que se llevaban con resignación cristiana, aunque, valga la verdad, con esto no se le ofrecía gran cosa, porque las penas no eran muchas y nunca de esas que hacen perder el sentido al mejor católico. Ni por casualidad sonaba en aquel virtuoso hogar una palabra dura, como no fuese para condenar á los enemigos de nuestra religión, que entonces parecía que las lenguas se mojaban en hiel y más que hablar escupían bilis y rabia. Tenía Jorge trece años cuando conoció á Esther, preciosa niña de doce que acudía al colegio protestante por profesar sus padres los principios de esta secta religiosa. No diremos que verla y amarla fué todo uno, porque ni á la edad del chico correspondían estos amores, ni la educación cristiana que recibía era compatible con estos mundanos arrebatos; pero que le gustó á lo niño si lo podemos afirmar, y él encargóse pronto de probarlo, cometiendo el desacato más grande de cuantos pudieran ocurrírsele á un hijo de católicos del antiguo cuño, desacato que consistió en acercarse á la niña una tarde en que salían al mismo tiempo del colegio y... hablarla... así como se dice... Habló á Esther... La pura inocencia serían sus frases, pero la habló. Y después todas las tardes que siguieron, esperándola á veces si ella tardaba en salir. Seis meses llevaban ya de trato los niños, cuando los padres respectivos se enteraron. Apresurémonos á decir que la indignación fué común... Si D. Pablo Real y D.ª María Cienfuegos cogieron el cielo con las manos con gran susto y furia por lo que la conducta de su hijo revelaba para el porvenir, no les fueron en zaga los padres de Esther, tan fanáticos é intransigentes en sus ideas como los primeros. Unos y otros hicieron conocer con toda solemnidad á sus hijos su resolución firme de que terminaran aquellas relaciones, puras, purísimas hasta entonces, pero imposibles por la diferencia de culto, diferencia en la que quizás los muchachos no habían pensado hasta entonces, pero en la que en adelante debían pensar, ya que se les daba la voz de alerta y se les mostraba el abismo en que ciegamente iban á arrojarse por obra y gracia de su inexperiencia y juventud, etc., etc. Con esto y con extremar la vigilancia que los respectivos padres creyeron un tanto olvidada anteriormente pensaron que habían cortado el mal de raíz, y como los chicos parecían dispuestos á acatar sus órdenes, perdieron aquéllos todo temor, concluyendo por considerar el caso como jugueteo de niños, capricho muerto apenas nacido, en el que no había por qué pensar seriamente. Engañábanse, no obstante, pues si Jorge, obediente por naturaleza y educación, procuró al principio seguir al pie de la letra los consejos y sanas advertencias de sus padres, bien pronto el punzante recuerdo de sus pasadas entrevistas con Esther y el de la hermosura de ésta obsesionaron de nuevo su juvenil imaginación, hasta el punto de hacerle olvidar por completo sus deberes de hijo, y desear ahincadamente ocasión de burlar aquella severa disciplina que le condenaba á no ver á la joven y hasta á olvidarse de que la había visto; y como, á medida que los recuerdos adquirían intensidad con la ausencia, el cuerpo del joven se desarrollaba y la sangre se le volvía más juguetona é imperiosa, decidió quebrantar aquella férrea cadena que le sujetaba á un hogar frío y á una monotonía en la existencia incompatible con el entusiasmo y el ardor del adolescente que pedía lo suyo. Decidido á dar gusto á sus deseos, buscó ocasiones, aprovechó circunstancias, fingió en su casa serenidad de alma que no sentía, engañó á todos, y valido del crédito, por decirlo así, que sus modales y palabras hipócritas inspiraron á cuantos le veían, no le fué difícil conseguir cierta libertad relativa, merced á la que, aunque subrepticamente, pudo aproximarse á su amada, y reanudar aquellas relaciones con tanta brusquedad interrumpidas, por los que se creían con derecho para ello.

La forzosa ausencia en que vivieron al principio y el misterioso encanto de gustar lo que leyes humanas y hasta divinas les vedaban, enardecieron su amor de niños, á tal punto que, perdida toda calma y serenidad de espíritu, no guardaron las precauciones debidas, con lo que el caso se clareó al cabo, y los padres de ambos volvieron á su clamoreo de otra época, muy sorprendidos de que durase una afición que tan dañina y perjudicial creían. Afición que, por otra parte, no podía ya ser considerada como capricho de niños, por no consentirlo ni la seriedad de Jorge, al que la pasión y el reflexivo estudio de los medios para satisfacerla, castamente por supuesto, habían hecho hombre, quizás antes de tiempo, ni tampoco el desarrollo corporal de Esther, cuya mirada profunda y pensadora indicaba que en ella había una mujer tan capaz de inspirar pasiones como de sentir las. No... La cosa era ya formal, y formalmente se les habló: Estaban locos... ¿No comprendían que aquellos amores en nada bueno podían parar?... Despreciaban su familia, su tradición... Pisoteaban los principios religiosos que se les había procurado inculcar... En fin, que aquel amor era descabellado, absurdo...

El respeto que siempre sentían por sus padres haciales á los jóvenes escuchar todo aquel cúmulo de acusaciones y amenazas sin osar responder á ellas, pero sintiendo que resbalaban por su espíritu sin dejar huella. ¿Que la religión les separaba? Este era el argumento que parecía de más empuje; pero si ellos se sentían unidos en una religión más grande á sus ojos que la que sus padres invocaban! ¡Si él ante todo creía en ella!... ¡si ella creía en él!... No... Dios, el Dios que ellos concebían como el sumo amor y la justicia suma, no podía oponerse. ¡Si Él mismo había puesto en sus corazones aquella pasión ansiosa, infinita! ¡Si venía de Él como la luz del sol!... Cuando éste manda sus rayos á la tierra hay que recibirlos... Pues esto es lo que ellos hacían... Recibir aquellos supremos resplandores que inundaban sus almas de dulzura y de felicidad y que Dios, su Dios único, el verdadero, les enviaba desde lo alto porque era bueno, porque era grande... porque quería que fueran dichosos en la tierra!

Y abrían su espíritu á aquel luminoso raudal, como las flores abren sus cálices á los rayos del sol... sin preguntar nada, recibéndole como se recibe la vida; libres de toda preocupación de secta, de todo odio... El calor de aquellos rayos era el mismo, luego del mismo sitio venían... luego creían y adoraban al mismo Dios... Los hombres les importaban poco... Lo que de su Dios habían dicho, menos... Creían en Él... A ellos les bastaba con esto... A Él también.

¿Cómo iban á casarse? Pensando en este problema se encogían de hombros. Le tenían resuelto... Se casarían ante su Dios, y como siempre prescindirían de los hombres. Su amor no necesitaba la sanción social... Estaban seguros de amarse siempre, de no separarse nunca. No necesitaban garantizar la duración de su pasión firmando en libro alguno. Con la primera mirada que se dirigieron habían firmado la eterna unión de sus dos almas.

Y con estas ideas y sentimientos, cuando sus padres extremaron la oposición, y el yugo les pesaba demasiado, sin discutir, sin recelar, impulsados por el mismo afán, huyeron juntos, serenos, más enamorados que nunca, elevando sus manos al cielo antes de darse el primer abrazo, y sintiendo que sobre sus cabezas caía la bendición de aquel Dios único y grande al que adoraban.

Encontrábanse en una calle solitaria, que reconocieron repuestos un tanto de su éxtasis... Sí... allí estaban los dos colegios, el católico y el protestante, uno frente al otro, alzándose en la oscuridad de la noche como dos atletas que miden la fuerza de su contrario. En aquel mismo sitio libráronse en otra época aquellas tremendas batallas entre los niños católicos y los protestantes, combates nacidos por la diferencia de ideas no muy comprendidas por los combatientes... Mientras Jorge clavaba sus ojos en la masa del colegio protestante, Esther contemplaba el católico... Sonriéronse al mismo tiempo, y como obedeciendo á un impulso común, se besaron... Y entre el beso y sin dejar de sonreír murmuró Jorge:

—¡Qué cosa más pequeña son los hombres!

—¡Y qué grande es Dios, puesto que inspira un amor tan grande como el nuestro!— respondió Esther con la emoción de la virgen que recibe el primer beso del hombre...

Luis de Anoreña.

Humo.

Forjándose risueñas ilusiones, buscando las caricias de la fama, escribió Luis un drama, con asunto, soberbias situaciones, interés, caracteres, valentía, frases de brillantez maravillosa, un drama que al leerlo predecía del aplauso la salva estrepitosa. Y después de pasar ese calvario que al de Cristo hace bueno, gracias á un empresario de Luis compadecido, llegó al cabo la noche del estreno.

Llena la sala un público escogido, críticos, escritores, periodistas,

mujeres de pupilas incendiarias, y ese *todo Madrid* de las revistas de las solemnidades literarias.

Y allá entre bastidores, desenchajado, de zozobra lleno, con la fiebre que sufren los autores la noche del estreno, está Luis murmurando:

—Esa mujer me salva ó me condena; desde niño por ella estoy luchando, y si llego á triunfar, si salgo á escena, su palco nada más, su palco solo atraerá de mis ojos las miradas, con la atracción que el polo ejerce en las agujas imanadas. Sube el telón; con interés creciente el público recoge y saborea las bellezas del drama; prontamente la sala se caldea, y ese público sano, ese que siente de la pasión la ráfaga salvaje, el del anfiteatro, ese que va al teatro á ver en el actor al personaje, osado rompe del mutismo el hielo con un aplauso aturridor, nutrido, como el que dan al arrancar el vuelo las palomas en busca de su nido. — ¡Bravo! ¡el autor! con entusiasmo grita, y el autor sale á escena en medio de un aplauso que resuena en sus entrañas, y su ser agita. Loco, febril, con la mirada ansiosa, en un palco se fija solamente, y su faz animosa lúgubre se le pone de repente. Del aplauso la salva estrepitosa no tiene para Luis ningún encanto; el palco está vacío, y al contemplar la sala siente el frío que produce en el alma un camposanto.

¡Gloria, riqueza, honores! siempre será vuestro poder inmenso, el humo del incienso quemado en el altar de los amores.

Enrique Jiménez de Quiros.

Esperando.



—Costureras, peinadoras y alguna que otra doncella, ¡todas pasan á estas horas! ¡todas pasan... menos ella!

POLIGAMIA

El crudo invierno.

Constantemente soñamos todos, chicos y grandes, flacos y gordos, con diez mujeres ó diez y ocho, porque una sola parece poco. ¡Locura, necia! No de otro modo los que le toman cariño al mosto piensan que acaso fueran dichosos con tres barricas para tres sorbos, y caen rendidos, sin ver que sólo de esos placeres gozan los sobrios. Pues si la carga del matrimonio, tarde ó temprano, rinde los hombros y es necesario tener cien ojos y andarse siempre con pies de plomo para que marche bien el negocio y el dulce lazo no quede roto, ¿qué fuera, ¡oh cielos! si, con asombro, cualquier cristiano trocado en moro viera invadido su hogar, de pronto, por cien mujeres ó cien demonios y con iguales títulos propios? ¿Quién es el guapo tan buen piloto que el barco salva de tal escollo? ¿Quién está siempre con una loco, con otra altivo ceñudo y hosco, con las mimosas muy cariñoso y con las necias vulgar y tonto? Pues ¿y la honra? ¿Quién hace voto de conservarla limpia del todo?

..... Por eso algunos que yo conozco que del sistema ven por sus ojos las desventajas y los embrollos, aunque le juzgan bueno en el fondo, con una esposa viven tan sólo y las restantes... viven con otros.

Sinesio

Delgado



—Si tú fueras otro, pagarías dos copas de aguardiente para calentarnos el estómago.
—¡Ca! Si yo fuera otro, y tuviera dinero, me tomaría yo las dos copas.

—Digan lo que quieran, este invierno es menos frío que el anterior. Verdad es que el año pasado andaba yo por las calles vendiendo décimos, y este año tengo un entresuelo precioso con alfombras y chimenea.



—¡Rediós! Si me pongo, a bufanda en la cintura se me enfria el pescuezo, y si me la pongo en el pescuezo se me enfria la cintura.



—Este termómetro está descompuesto por fuerza. ¡Pues no marca cincogrados y yo estoy sudando materialmente!

CHISMES Y CUENTOS.

Ante todo, vaya una serie de aclaraciones importantísimas:

En el número 613 del MADRID CÓMICO, hace dos semanas justas y cabales, se publicó una composición titulada *La sobrina del cura*, firmada por D. José Guinot Toledano. Publicarse y empezar á llover sobre mí cartas de protesta fué todo uno. Efectivamente, en el número de *La Gran Vía* anterior al de autos había visto, la luz pública, con el título de *La sobrina del alcalde*, la mismísima composición, con la firma de D. Rafael María Liern.

¿Qué habrían ustedes creído en mi caso?

Pues que, aunque yo había recibido los versos quince días antes, eran éstos un plagio de los que acostumbran á perpetrar algunos caballeros guasones para darme bromas de mal género.

Y en esta creencia, me lamenté como pude de mi candor, y declaré todo lo que arriba va expresado en la sección de *Chismes y cuentos* del número anterior.

¡Cuál no sería mi sorpresa al recibir al día siguiente la visita del propio Sr. Guinot Toledano, real, efectivo, auténtico y tangible, para jurar y perjurarse por los clavos de Cristo que la composición *La sobrina del cura* era exclusivamente suya de la cruz á la fecha!

—Pero ¿cómo me explica usted su publicación anterior en *La Gran Vía*, y con la firma de Liern, por añadidura, de quien yo no puedo dudar un solo momento?—pregunté al Sr. Guinot.

—Pues ése es mi pío—me contestó él,—porque yo tampoco dudo de Liern, y, sin embargo, estoy seguro de haberla imaginado y escrito en el pleno uso de mis facultades intelectuales.

—¡Recombá!—dije yo.—Pues hay que aclarar esto inmediatamente, porque usted no puede cargar con semejante sambenito, sin culpa alguna.

Y escribí á mi amigo Liern contándole el caso.

La contestación no se ha hecho esperar, y de ella resulta clara como luz la buena fe del Sr. Guinot, puesto que ni Liern ha hecho jamás semejantes versos, ni recuerda haber enviado á *La Gran Vía* cosa que se le parezca.

De modo que es preciso hacer constar, para que el buen nombre del Sr. Guinot quede en el lugar que le corresponde:

1.º Que la composición titulada *La sobrina del cura* es original de dicho Sr. D. José Guinot y Toledano, con cuya firma se publicó en el MADRID CÓMICO

2.º Que la composición titulada *La sobrina del alcalde*, igual casi en todo á la anterior, es apócrifa, y no pertenece al Sr. Liern, que la firma contra su voluntad.

Y 3.º Que indudablemente *La Gran Vía* ha sido engañada por un malintencionado, ó ha padecido un *lapsus* al hacer el ajuste en la imprenta, cambiando una firma por otra.

Viva, pues, tranquilo el Sr. Guinot, y perdónenos nuestro amigo Liern las molestias que, sin querer, hemos tenido que ocasionarle.



Confieso que no asistí al estreno del drama *María-Rosa*, entre otras razones porque siento no tener al Sr. Guimerá, como autor, en el alto concepto en que le tiene el bueno de D. José Echegaray, que lleva su amabilidad hasta el extremo de traducirle las cosas.

Pero claro está que al día siguiente quise enterarme del éxito, para lo cual eché mano de *El Imparcial*, porque siempre es bueno fiarse de los periódicos de gran circulación.

Y leí esto:

«...en el segundo acto el autor se desvía de esta dirección (la buena, la del primer acto) y cayendo en las falsedades de un romanticismo fuera de lugar, plantea una tesis psico-fisiológica demasiado abstrusa y completamente imposible de encarnar en aquellos personajes; en el último acto la obra va derecha al melodrama espeluznante...»

Y sigue, después de decir que el primer acto es una maravilla:

«...pero la decepción fué grande y dolorosa en el acto siguiente, sin que en el tercero, aunque superior al segundo, lograra reconquistar el autor el terreno perdido»

Bueno, de modo que, ó yo no sé leer, ó esto significa que la obra fué un fracaso.



Pues ¡aquí de mi asombro! no significaba eso precisamente. Porque verán ustedes:

«En el teatro, lleno, lo que se llama el «todo Madrid» y la opinión general, por no decir unánime, señalando á *María-Rosa*, si no en el preeminente puesto á que la destinaban los entusiastas elogios de que venía precedida, uno de los más considerables entre las producciones de nuestro teatro contemporáneo.»

Y ahora es cuando no sé á qué carta quedarme. Porque si una obra que cae en las falsedades, etc., etc., merece uno de los puestos más considerables entre las producciones del teatro contemporáneo, ¡lucido está el teatro contemporáneo!

¡Ah! Y es la primera vez que veo aplicado el adjetivo *considerable* al sustantivo *puerto*. Y probablemente no lo veré más, aunque viva mil años.



Bien dicen que los chinos, así como quien no quiere la cosa y encerrados dentro de su muralla, han ido siempre á la cabeza de las naciones en cuestión de inventos.

Porque ahora se les ha ocurrido una invención verdaderamente diabólica. La de cargar sus fusiles y sus cañones... ¿á que no saben ustedes con qué?

¡Con merengues!

Sólo así se comprende que los japoneses hayan tomado por asalto á Port Arthur, defendido por 20.000 hombres, y considerado como inexpugnable, sin más que 250 bajas, tras un día entero de combate.

Lo que prueba que si los sitiados no se defendían á merengazos, no caigo en la cuenta.



CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Avicena.—Muy bien... como imitación del *Plutarquillo* de Vital. Pero aquí, como usted comprenderá, no pegaría eso.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

Chináná.—¿Qué quiere usted, amigo! A consecuencia del *meeting* republicano de la otra noche, han quedado imposibilitados de ser consonantes *estaba* y *embarazada*.

Uno de elevada estatura.—No están mal en la forma, pero tienen poca miga.

X. H..—Podrían pasar... en un periódico de índole distinta que el presente.

Pepe Pérez.—Digo lo mismo; es demasiado formal.

Es conjunciones.—En esos endecaslabos *entonados* hay que cuidar la cadencia sobre todas las cosas. Porque en cuanto falta... hacen un efecto desagradable.

Chinito.—Precisamente una cosa igual acaba de publicar *Mecachis* en el *Blanco y Negro*.

Sr. D. A. de C. E.—Demasiado personal el asunto, que se reduce simplemente á piropear á una señora... sin mayor alcance.

A. C. Miia.—Buena es la modestia, pero no tanta, ¡caracoles! Deje usted, que ya se lo llamarán otros, si quieren.

Tirabeque.—Se publicará, con la advertencia de que no se lea en voz alta, porque la garganta sufre.

Don Benito.—¡Cristo Dios! casi todos son asonantes, y aunque no lo fueran, la composición no resultaría una joya precisamente.

Paquiro.—¡Malos cocos me coman si *ligero* y *sueño* son consonantes!

Sr. D. G. R.—Gracia.—Vulgar del todo. ¿Sabe usted que no tengo la menor noticia de la persona por quien pregunta? Supongo que seguirá donde usted supone.

Alejandro.—No; no están en el estilo propio del periódico.

Alcibiades.—¡Ay, cuánto lo siento! Pero ¡son todos tan medianos!

Sr. D. S. B. N.—Para cantable
de barcarola
no me parece
del todo mal.
¡No tall!

Sr. D. E. de la R.—Madrid.—Debe usted recibirlo el sábado por la mañana. Traslado su queja á quien corresponde.

Un rípioso.—También se publicará, Dios mediante.

Un tor desillano.—Malo es que se vea clara la picardía, pero no es bueno tampoco que la tenga uno y no se le alcance á ver de ninguna manera.

El suplicante.—Siento no poder complacer á usted, ni á la novia, y estar en desacuerdo con los amigos inteligentes que han creído que los versos eran publicables. ¡Juro por la Virgen de los Desamparados que no lo son, ni mucho menos!

Hocé.—Publicaré un trozo. Vamos, la mitad de la humorada:

«Deja que goce amada mía
(nueve sílabas)
de aquel trance pasado en mi agonía
(once sílabas)
pues aunque vive mi cariño vive muerto...»
(trece sílabas!)

Ya ve usted que con esa desigualdad no puede resultar nada bueno.

Poquita cosa.—Y mala, que es lo más lastimoso. El chiste de «¿y en casa?» es demasiado viejo.

Sr. D. A. J.—Siento de veras no poder aprovechar ninguno, pero los que no son vulgares no son verdaderamente humorísticos, y como dejo de admitir tantos por la misma causa...

+ *K. dor*.—El asunto carece de novedad y el romance resulta un poquito pedestre, sin poder evitarlo.

Veneno.—«Yo anhelaba quererte
y tú á mí no me querías,
tras ti fuí todos los días
y tú ¡nunca! más bien la muerte.»

Lo comprendo. Porque ¿qué manera de medir los versos es ésa?

Benjamín.—También usted varía la metrificación caprichosamente, y resulta una cadencia endiablada.

Sr. D. L. A. C.—No menos endiabladas son esas seguidillas, y que Dios me perdone.

Redajas.—No le he contestado aún por falta absoluta de tiempo. Lo haré, pierda usted cuidado.

Sr. D. A. C. S.—Demasiado diluído el pensamiento que, por otra parte, no es muy nuevo tampoco.

Sr. D. F. D.—Sigüenza.—Conforme, salvo en las circulares, que no podemos remitirle, porque no las tenemos á propósito y no nos conviene hacer tan pequeña tirada.

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 sup.º